**Domingo 27º T.O. (B) (07.10.2018): Marcos 10,2-16.**

***“El Milagro de Jesús fue tocar”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

La primera lectura del texto que se nos propone para este primer domingo de octubre permite comprender que Marcos 10,2-16 me habla de ‘mujeres y niños’. Creo que en aquellos tiempos del siglo primero y en las tierras de Israel tanto las mujeres como los niños no eran consideradas como personas tal y como lo comprendemos hoy. ‘Mujeres y niños’ eran cosas que pertenecían al patrimonio de un hombre, padre o marido. Decirlo así es muy fuerte. Escribirlo para que se lea y permanezca es más fuerte aún, más fuertemente deshumanizador.

Trato, en todo lo posible, de ser sólo un comunicador de la realidad de aquellos tiempos, de aquellas gentes y de sus maneras de pensar, creer y vivir. Por entonces se creía que sólo se era ‘un buen judío’, entre otras condiciones, si se era ‘puro de sexo’, es decir, varón y adulto. Así, la mujer y el niño no alcanzaban jamás ser considerados como ‘persona’. La Ley y la tradición habían olvidado aquellas viejas escrituras que decían que todo hombre y mujer ‘fueron creados a imagen y semejanza de su Yavé-Dios’ (Génesis 1,26-27).

Espero que este contexto, a la vez, ‘ideológico, religioso y espiritual’ ayude a comprender el mensaje de este Jesús del que nos escribe María Magdalena y que se encuentra en pleno proceso de ‘evangelización de sus propios seguidores’ mientras caminan juntos hacia Jerusalén: *“Levantándose de allí, va Jesús a la región de Judea y al otro lado del Jordán... y enseñaba”* (10,1). He copiado este versículo porque no se nos leerá en la misa santa dominical.

Jesús y los suyos están en camino hacia Jerusalén. Van por su segunda etapa (9,33 a 10,32). Aún no han llegado a Jericó. Lejos queda ahora el norte y la región de Galilea con su mar. Es el tiempo en el que Jesús debe transformar el satanismo de la llegada de un Mesías Rey Todopoderoso, por su mesianismo que es solo servir al abajado, acoger al desplazado, ser sal, sed paz... como ha venido evangelizando por el camino (9,50). Y ahora está con quienes le siguen ‘en el otro lado del Jordán’. Justo donde ‘bautizaba Juan’, el perdona pecados (1,4.8).

Y es aquí donde la mano narradora de María Magdalena sitúa una de las cuestiones que más inquietaba a los fariseos especialistas de la religión judía: el matrimonio y sus consecuencias. ¿Alguna vez dejó esta cuestión matrimonial de preocupar a las autoridades de cualquier religión, partido político o ideología de poder económico? Israel lo tenía muy claro y precisado: *“Moisés permitió al varón-marido redactar un acta de divorcio y repudiar a su esposa-mujer”*. Pues si esto es así y no se puede alterar, este Jesús de María Magdalena propone añadir que también la ‘mujer-esposa’ pueda repudiar a su varón-marido (10,2-12). Tan osado. Y otra cosa.

Y esta ‘otra cosa’ es la cuestión de los niños. Siempre y en todo momento en aquella sociedad el niño no era nada hasta su mayoría de edad de los doce años. El niño. La niña era menos aún, era siempre una desgracia tolerable. La niña judía era tolerada por ser y servir para concebir y parir vivientes judíos. ¡Qué buena noticia fueron los muy recientes ‘derechos humanos’!: *“Le presentaban ‘unos niños y niñas’ a Jesús para que los tocara, pero los discípulos se lo impedían”* (10,13-16). Conviene recordarlo siempre: los DOCE, los Discípulos, todos cuantos le seguían, ¡trataban de impedir que Jesús...! El Milagro del Reino de Jesús fue abrazar y tocar...

**Domingo 45º de Lucas (07.10.2018): Lucas 20,1-47.**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

El capítulo vigésimo y el siguiente, en el Evangelio de Lucas, forman una unidad por haberlo querido así su narrador. Así lo leemos y lo comprendemos: *“Y sucedió que un día enseñaba al pueblo en el Templo y anunciaba la Buena Nueva...”* (Lucas 20,1). Y en el final de esta gran unidad narrativa volvemos a leer esto otro: *“Por el día enseñaba Jesús en el Templo y salía a pasar la noche en el monte llamado de los Olivos. Y todo el pueblo madrugaba para ir donde él y escucharle en el Templo”* (Lucas 21,37-38).

Está bien clara la narración intencionada de este comunicador de la Buena Noticia al que llamamos siempre Lucas: Su Jesús ha llegado a Jerusalén y ha entrado en el Templo con la única y explícita finalidad de EVANGELIZAR a cuantas personas e instituciones se mueven en torno a este lugar tan emblemático de la religión judía.

Anteriormente, este Jesús del Evangelista Lucas se había dedicado en exclusiva a EVANGELIZAR a cuantas personas le acompañaban por el CAMINO desde Galilea hasta Jerusalén. Y antes se había dedicado en exclusiva a EVAGELIZAR en las tierras de su región de Galilea. En síntesis, la tarea y misión de este Jesús de Lucas es Evangelizar como nos ha dejado escrito desde el punto de partida de su vida como persona y adulto cuando el cumplimiento de sus doce años: *“¿Me buscabais? Debo estar en la casa de mi Padre”* (2,41-52). El Templo no era la casa de su Padre.

Para comprender qué era EVANGELIZAR para este Lucas y su Jesús de Nazaret conviene leerse al menos tres veces este relato del capítulo vigésimo de este Evangelio. Y esta cosa o cuestión de la Evangelización comienza así aquí textualmente: *“Se acercaron a Jesús los Sumos Sacerdotes, los Escribas y los Ancianos y le preguntaron...”* (20,1-2): ¿quién es el que manda aquí en esto y ahora? Y Jesús responde, Juan el Bautista.

Después de haber leído este relato, no una vez sino tres como decía, se comprende que quien tiene una palabra de sentido es Juan el Bautista, el perdonador de los pecados de las gentes sin necesidad de acudir al Templo ni recurrir a los servicios de los Sacerdotes ni tener que ofrecer Sacrificios al dios Yavé de Israel (Lucas 3). La RELIGION de Israel estaba vacía y muerta.

Evangelizar es, para Juan y Jesús, vivir y con-vivir. Hacer posible la vida y la con-vivencia de todos. Creo que no me invento nada de esto que digo cuando estoy leyendo estas denuncias tan claras y explícitas: *“Estando todo el pueblo oyendo, dijo a los discípulos que estaba prohibida tanta ostentación como exhibían los escribas en todas sus manifestaciones visibles, audibles, olibles, comibles y tocables”* (Lucas 2045-47).

La magnificencia del Templo sonrojaba, como también sucede con la magnificencia de las Religiones. De todas. Sin excepción alguna. Desde la magnificencia de una Acrópolis de la que sus piedras ruedan por los suelos hasta la primera de las Basílicas (de ‘Basileus’, el Rey) que pretende ser el vaticano de los mesías cristianos. Juan, el perdona pecados de Israel, y el laico y galileo Jesús de Nazaret aprendieron a EVANGELIZAR al margen del Templo, la Ley, el Sacerdocio y la Tradición de los Ritos de la Religión. Con ellos, Evangelizar es aprender a vivir.